

JESÚS COTTA

*Ulises y las sirenas*

EL DILEMA DE LA  
INFIDELIDAD



Paréntesis

**FRAGMENTO**

Colección De facto

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA



Jesús Cotta Lobato (Estación de Cártama, Málaga, 1967) estudió la carrera de Filología clásica y actualmente es profesor de filosofía en el IES. Martínez Montañés, de Sevilla.

Publicó sus primeros poemas en la revista *Nadie parecía* (2002). Ha publicado también el ensayo *Topicario. Y arpones contra el pensamiento simple* (2005), la novela *Las vírgenes prudentes* (2005) y una antología prologada de la obra de santa Teresa de Jesús, *Teresa, mon amour* (2008)

<http://jesuscotta.blogspot.com/>

### **El amor y el ammoorr**

Era yo aún impúber cuando asistí, en la tele de mi casa, al suicidio de Cleopatra. Aún me circula en la sangre el veneno del áspid que mordió su blanco seno. Acudí, con lágrimas en los ojos, a los manuales de historia para saber más de su romance con Marco Antonio, es decir, conmigo. Pero los manuales pasaban por alto ese amor tan crucial para Cleopatra y para mí o a lo sumo lo comentaban como una anécdota intrascendente para el curso de los acontecimientos. En aquellos libros Cleopatra era sobre todo la última soberana de los Ptolomeos, pero no una mujer que amaba a Marco Antonio. Ese chasco me sirvió para convencerme de que la película estaba más cerca de la verdad que aquellos libros tan sesudos y aún sigo pensando que el amor es la respuesta a más preguntas de las que imaginan historiadores, detectives, psicólogos, abogados y profesores como yo. ¿Por qué los griegos se fueron a sitiar Troya durante diez años? ¿Por qué se baña una reina en leche de burra? ¿Por qué un rey inglés proclama un cisma? ¿Por qué no abandona un hombre un trabajo que odia, por qué va a los toros si no le gustan, por qué prefiere pasar por culpable o por qué comete perjurio? ¿Por qué empuña las armas el campesino o las entrega? ¿Qué me da tantas fuerzas para abandonar una maldita adicción o para emprender la construcción de una casa? Calixto y Melibea responden a eso mejor que un coro de sabios; y Romeo y Julieta son más reales que las pirámides de Egipto, porque en la poesía hay más verdad que en la historia, como dice Aristóteles.

El amor y, en concreto, el amor erótico, que es el que se profesan los amantes, explica no sólo a la verdadera Cleopatra, sino también a nosotros, porque nos implica y empapa por entero. Por desgracia, a él no sabemos explicarlo y lo solemos pasar por alto en las explicaciones que damos de nosotros mismos, porque en él intervienen, confusos e imprevisibles, deseos, necesidades, impulsos, emociones, razonamientos y actos de voluntad. Conocerlo y entenderlo es, pues, más difícil que limitarse a sentirlo y dar por cierta y certera cualquier simpleza que de él se haga, se diga o se sienta. Al final acabamos hablando del ammoorr, pero no del amor.

Siguiendo la tradición de mi *Topicario*, he cazado para ti, querido lector, cuatro de esas simplezas tópicas del pensamiento fácil que del amor se dicen como si fuesen verdades como puños:

1. **«Lo nuestro ha terminado. Ya no hay entre nosotros feeling (o magia o química).»** Esta simpleza da por terminado el amor cuando expira la fase previa del enamoramiento, si la ha habido. Estos buscadores de chispas mágicas no saben qué es el amor, sino el ammoorr, un perpetuo estado de enamoramiento y éxtasis, la versión sentimentalona del amor de tantas canciones y películas. El ammoorr por aquí, el ammoorr por allá. El ammoorr es, por ejemplo, deshojar una margarita en un prado de verduras esmaltado y levitar cuando nuestro amado viene hacia nosotros con una corona de flores en la rubia cabeza, mientras que el amor es eso mismo, pero sin levitar tanto y en días laborables y con un amado alérgico a las flores y alopécico que se pone a estornudar y moquear y hay que darle un pañuelo de papel y aun así lo queremos mucho. En fin, que el amor es más pedestre, pero también más grande. Hemos visto tantas películas y oído tantos poemas y canciones exagerando el amor y sus efectos, que nos hemos llegado a creer que el amor es algo así como una feria del corazón, una potentísima droga, un perenne frenesí, un levitar y aletear. Pero el amor erótico no es más que la generosidad del día a día con el amado. Está más cerca del amor el tipo que hace horas extras para comprarle la lavadora a su mujer que el doncel que se arroja de un acantilado porque su prometida ha muerto de tisis.

2. **«Cuando lo vi montar en su vespa, con su camiseta ceñida y esos ojazos negros, me di cuenta de que aquel era mi hombre. Fue un flechazo en toda regla.»** Los flechazos son menos frecuentes de lo que el cine nos hace creer. Suele ser la memoria la que idealiza ciertos momentos y olvida que por aquellos días experimentamos sensaciones muy similares por otros hombres en moto, pero como al final no fueron el nuestro, la memoria los olvida y les niega la categoría de flechazo. Por lo demás, si los flechazos fueran tan fulminantes y ajenos a nuestra voluntad como la gente asegura que son, sería una desgracia para nosotros tener que enamorarnos de un mamarracho o de una mala pécora sólo porque así lo determinó la fuerza cósmica del flechazo. El flechazo tiene mucho de mito y predestinación y poco de azar y de gusto personal, que son los que en verdad provocan que, de entre todas las personas que conocemos, unas nos hagan más tilín que otras. Sólo cuando, con el trato y el paso del tiempo, ese tilín se convierte en tolón, nos parece que el tilín fue en un pasado mítico un sonoro y súbito tolón, o sea, un flechazo de ammoorr con el ñigoñigo de los violines como fondo.

3. «*Amor más allá de la muerte.*» Es una exageración allí donde las haya, porque el amor es humano y, por tanto, mortal. Precisamente el amor lo vence todo menos la muerte. La intención es buena, porque viene a decir: «Te querré hasta que me muera y, si hay otra vida, también». Pero se queda en una buena intención, porque, por desgracia, sólo podemos procurar que el amor dure hasta la muerte, pero no más allá. Otra hipérbole es el «Todo por el amor», que puede ser una perversión tópica de «El amor todo lo vence» y del bellissimo «Todo por amor» si con ello se justifica un ammoorr por encima de la ética y en cuyo nombre se puede hasta matar. El amor erótico ni va más allá de la muerte, porque no es divino, sino humano, ni va más allá de la ética, porque, si no se somete al bien, puede ser amor al mal y al malvado. ¿No tienen los terroristas más sanguinarios las novias más cariñosas? Uno hace bien si ama a un lelo o a un enfermo, pero no a un malvado. Por ello, por mucho que las canciones románticas lo pongan por las nubes y la gente en su vida privada lo divinice, el amor mejor y más alto no es el amor erótico, sino el amor desinteresado a los demás, porque es amor al bien. El héroe y el misionero son más admirables que el novio que regala flores a su enamorada. La lucha desinteresada por la libertad, la justicia y la cultura es un acto más alto y sublime que profesar amor erótico a una persona, porque esta puede ser malvada y constituir una amenaza contra la libertad y la justicia.

4. «*Nos apetecía casarnos.*» Es la explicación que recibimos de una pareja que llevaba cuatro años conviviendo y decide de pronto casarse, en lugar de un «*Hemos formalizado nuestra situación*» o algo similar. ¡Menuda apetencia! A mí me apetece un helado de carapino, un masajito o un verano en las Bahamas en amor y compañía, pero ¿casarme? Casarse es una decisión tremenda. Si les apeteció casarse, les puede apetecer descasarse dentro de dos minutos, igual que ya se me han pasado las ganas del carapino (de las otras dos cosas no, dicho sea de paso). El matrimonio no es una frivolidad que nos apetezca, sino un proyecto que se acomete con todas las de la ley. Esta simpleza, además, demuestra que mucha gente confunde lo que quiere con lo que le apetece, cuando son dos cosas radicalmente distintas: estudiar una carrera y casarse son cosas que se quieren, y triturar el despertador y tumbarnos a la bartola son cosas que nos apetece y que, a poco que nos descuidemos, nos pueden impedir hacer lo que realmente queremos. Este tópico, en fin, lo profieren los que se avergüenzan de recurrir, con lo modernísimos y transgresores que han sido siempre, a instituciones trasnochadas como el matrimonio y entonces tienen que disfrazar de frivolidad el tremendísimo pecado de ser o parecer convencionales.

En fin, tópicos tan amorosos como esos poco tienen que ver con el amor, con el buen amor, y mucho con ese ammoorr desgastado que se dice con la boca grande o de piñón. Y es una lástima contentarse con ellos y renunciar a explicar una pasión que nos explica.

## **Agarrando el amor por los cuernos**

Si no tenemos muy claro qué es el amor que sentimos, menos claro lo tenemos cuando en él irrumpe el cuerno, porque entonces somos juguetes de nuestros deseos o despechos, justo cuando más obligados nos vemos a preguntarnos con sinceridad si amamos y cuánto y a cuántos y cómo y por qué.

El cuerno, además, es un acto difícil de catalogar. Es fácil de poner, pero difícil de quitar y de perdonar. En sí no es una gran maldad, pero puede destruir algo muy bueno y muy hermoso. Nos tienta más que ninguna otra cosa, pero, a diferencia de los delitos, que no nos tientan tanto, ya no está penado por la ley, afortunadamente, porque pertenece a nuestra vida privada.

Todo eso lo convierte en un caso único que describen y explican muchos y buenos estudios estadísticos, biológicos, psicológicos, sociológicos. Pero eso no basta para entendernos y manejarnos cuando el amor nos inunda y el cuerno nos tienta o nos corona. Es necesario también el enfoque de la filosofía y su rama más práctica, la ética, que no se contentan con explicar el amor y el cuerno, sino que nos dicen qué hacer con ambos, y así proyectan una luz más solar sobre este asunto que no se nos muestra a las claras porque lo oscurecen la razón con sus prejuicios, la entropía con sus ganas y el corazón con sus miedos y frustraciones. Sólo cuando uno examina los cuernos y el amor a la vez, comprende qué es el amor y qué los cuernos. Por eso, este libro, que pretendía ser un análisis filosófico del cuerno, ha terminado también siéndolo del amor.

Desde siempre los hombres han amado y tenido relaciones sexuales más o menos a la vez, porque sexo y afecto tienden a ir naturalmente unidos y eso es lo que nos sale más de dentro y más nos gusta: acostarnos con quien despierta nuestro afecto o terminar sintiendo afecto por quien se acuesta con nosotros. Pero aunque suelen ir juntos, sexo y afecto no son lo mismo y, por tanto, es posible separarlos y poner cuernos en busca de placer sexual, pero no de amor. Y por eso escribo este libro. En él, como los acróbatas minoicos, vamos a agarrar ese toro por los cuernos antes de que nos empitone por sorpresa cuando más estábamos levitando. Sólo entonces nos daremos cuenta de que ese astado no es ni mucho menos la peor alimaña que merodea por nuestros prados más íntimos, como pretenden los fundamentalistas del amor, pero que tampoco es una inocente ternera, como pretenden los detractores del amor erótico fiel y estable. En fin, que pondremos los cuernos en su sitio.

Los fundamentalistas del amor se limitan a sentir tontamente el amoorr o a lo sumo piensan que el amor es dejarlo todo por alguien, incluso los gustos culinarios. Y los detractores del amor se limitan a dejarse a arrastrar por sus apetititos, que son más simples que ellos, y a lo sumo piensan que el amor es un sentimiento tontorrón con que se disfraza el sexo para salirse con la suya.

Los unos le piden al amor más de lo que puede dar, y los otros, menos, pero ambos tienen una concepción inhumana del amor humano, porque las personas no somos sólo amantes incondicionales ni sexos andantes, sino seres humanos: amamos y, a veces, en medio de ese amor nos ponen y ponemos cuernos. Y a ese ser humano es al que uno ama y al que yo me dirijo, a ese hombre real que es capaz un día de pagar por un rato de compañía y, al día siguiente, por un rato de soledad y que devora al animal que le da pena matar y que quisiera verse libre de su amado, a quien adora, para poder retozar con otro un ratito. Qué le vamos a hacer. Así de reales y contradictorios, así de normales, nos parió nuestra madre.

## **Sexo y orden**

Si los alumnos me dejan, suelo comenzar mis clases de Historia del Pensamiento Político con el juego de la isla desierta. «Chicos, hemos naufragado en esta isla y parece que no nos van a rescatar. A ver cómo nos organizamos. Propongo que, puesto que soy el profesor, me obedezcáis a mí.»

Un clamor de indignación brota unánime de todas las gargantas. «¡Nada de eso! Habrá democracia, y usted será uno más, porque en una isla desierta ser profe de filosofía no sirve *pá ná*.»

La organización política, pues, va a ser democrática: no cabe otra posibilidad. Y yo los felicito por elegir el sistema político más racional, porque los demás sistemas tienen algo de la ley del más fuerte, de la ley salvaje de los animales que con la razón hemos dejado de ser.

Luego votan masivamente por la comunidad de bienes, porque están en la edad de todos somos colegas y todo el mundo es bueno. Dejan el ecologismo a un lado y se reparten en grupos de caza, pesca y recolección. Entonces yo, el jefe del juego, me dedico a crear conflictos: designo alumnas vagas que no curran, pero jaman de lo lindo, alumnos ladrones o agresivos, huelgas de pescadores... A veces consigo romper la comunidad y dividirla en dos: los partidarios del «Todo es de todos» y los partidarios de «Cada uno tiene lo suyo».

Mientras que los alumnos recolectores sólo aportan a la comunidad piñones y coquinas que no llenan el estómago, los alumnos cazadores traen venado y jabalí, que a todos les gusta más, y una vez ocurrió que un cazador, yéndoseme de las manos, decidió que la recolectora que quisiera carne tendría que pasar antes por su tienda. Algunas recolectoras aceptaron y otras no. Entre las que no aceptaron, algunas pretendieron prohibir que las otras se prestasen a esa prostitución. Y entonces surgió un nuevo conflicto: ¿cómo organizar esto del sexo?

Llegados a este punto, no hubo acuerdo, sino un sinfín de propuestas incompatibles e imaginativas: promiscuidad indiscriminada, coitos por turno o por

sorteo o por jerarquía de edades o de belleza, heterosexualidad obligatoria para perpetuar la especie, homosexualidad obligatoria o *petting* para evitar embarazos, amor monógamo y estable, comunidad de hombres para las mujeres o al revés, parejas que por decreto duran un mes, prohibir la prostitución, castigarla, permitirla y regularla, prohibir ciertas parafilias, permitir las todas... en fin, todo menos el celibato.

Respecto a la organización política y económica, todos estuvieron de acuerdo en que hay que elegir entre dos o tres propuestas a lo sumo, las únicas posibles y viables: o democracia o autoritarismo; o propiedad privada o comunidad de bienes. Pero en cuanto a la regulación de las relaciones sexuales, todo parece razonable o absurdo según las circunstancias y siempre que se usen los argumentos adecuados.

Tantas propuestas incompatibles demuestran lo difícil que le ha resultado siempre al hombre regular de un modo razonable un instinto nada razonable, pero poderosísimo, imprescindible y delicioso. Y no nos queda más remedio que regularlo porque, a diferencia de los animales, nacemos con ese instinto sin programar. ¿Qué hacemos de él? ¿Un medio o un fin, procreación o recreo, erotismo o biología, amor o mercado, violencia o amor, asunto de uno o de dos o de todos? El sexo no es nada racional, pero está instalado en animales racionales y quiere salirse con la suya. En principio, ninguna manera de regularlo parece mejor que otra, pero, dado que tenemos que vivir juntos, unas formas son incompatibles con otras o inadecuadas para las circunstancias y, por eso, en todas las sociedades hay unas formas permitidas y otras prohibidas o, al menos, mal vistas. Eso sí, no ha habido ni una sola sociedad humana que se haya limitado, como algunos hoy preconizan, a no regular la sexualidad, porque todos los hombres de todos los tiempos han sabido por experiencia propia que trastorna tanto, es un regalo tan intenso para los sentidos y la persona entera, que nos puede hacer perder la cabeza si no es sometido a un orden tanto personal como social. Como decía Chesterton, cuando el sexo no es siervo, se convierte en tirano. Por lujuria los padres abandonan a los hijos y los hijos se enfrentan a los padres. Por eso los pueblos lo han sometido a condiciones, ritos y tabúes y en sus mitos perecen los amantes desbocados y las sirenas devoran hombres fascinados y excitados por su canto. Por eso también, Adán y Eva se cubrieron con hojas de higuera: en cuanto perdieron la inocencia, el sexo dejó también de ser inocente e inócuo y ya no bastaba con dejarse llevar por él para ser feliz.

Sin el elemento racional y consciente, el ardor erótico puede ser destructor no sólo para el que lo experimenta, sino para toda la comunidad. Por deseo Sansón, el terror de los filisteos, se dejó seducir por una filisteo y lo que no pudieron hacer con él mil filisteos con la fuerza de las armas, lo consiguió una sola filisteo, Dalila, con la suavidad de sus caricias. Muy caras les salieron a los judíos las

veleidades amorosas de Sansón. Aún parece jactarse Dalila y decirnos: «¿Veis ese hombre capaz de despedazar leones y gigantes con sus manos? ¿Oís cómo se estremece la tierra cuando él la pisa?, ¿cómo se espanta el enemigo cuando él lanza su grito de guerra? ¿Veis el esplendor, el animal supremo, el terror de los ejércitos, la suma potencia? Pues yo, con estas manos delicadas, soy capaz de someterlo, de hacer que se arrastre a mis pies y de dejarlo rendido y sudoroso y a mi merced en mi lecho». Sólo ella pudo cortarle aquella melena que le confería todo su vigor.

Por apetito repudió Jasón a su esposa Medea por otra más joven; y por amor a la viuda del último rey visigodo abandonó en secreto el emir de Sevilla el Islam, hasta que los suyos lo asesinaron en la mezquita. Algo oscuro y delicioso posee la pasión amorosa cuando somos capaces de profanar bienes más grandes y sagrados que ella, como amistad, familia, patria y dioses. Eros convierte al sumo sacerdote en burro salido, ha hecho gemir a nuestras madres y bramar a nuestros padres (o al revés) y por ello los hombres, fascinados por su esplendor, ávidos de sus dones, pero temerosos de su poder, se han esforzado por exprimírle el jugo sin dejarse embriagar por él.

## **La monogamia con sus pros y sus contras**

Entre las muchas maneras de regular el sexo, Occidente ha apostado por la monogamia y en ella hemos sido educados. Desde niños veíamos a Cenicienta casándose con el príncipe azul y no con la legión. Y a no ser que ingresen en una comuna de amor libre, los que quieran escapar de la monogamia no tienen más remedio que probar suerte con gente que, tarde o temprano, aspira a ella.

En cuanto a la poligamia y otros modelos de relaciones sexuales, no tienen las desventajas de la monogamia, pero tienen otras desventajas. No hay nada perfecto bajo el sol.

Los inconvenientes de la monogamia son dos: la falta de variedad y el consiguiente sacrificio de la fidelidad. Cuesta más trabajo ser fiel a una sola persona que a un harén. Pero como tiene la gran ventaja de la estabilidad amorosa, a ella acaban recurriendo casi todos.

Aspiramos a la seguridad amorosa, igual que aspiramos a la seguridad laboral para poder embarcarnos en proyectos a largo plazo (como pagar una casa o la carrera de los hijos) y dormir tranquilos sin tener que hacer la pelota al jefe ni trabajar a destajo. Así nos ahorramos el trabajo de conquistar cada noche a alguien a quien amar y que nos ame y, cuando llegamos a casa, hay alguien en el mundo para quien somos importantes y nos recibe con los brazos abiertos y nos protege, desea y comprende y nosotros le procuramos a él los mismos bienes.

Si emparejarse fuese un error, el ser humano también lo sería. Pero esa plenitud afectiva tiene un precio, como todo lo valioso: cierta renuncia a la variedad y a una parte de libertad. Y eso es algo que nuestros ciegos instintos no entienden. La seguridad es más estable, da menos sobresaltos, pero puede ser aburrida y, si uno se lo monta mal, asfixiante para la parte libre e independiente de nuestra persona.

El cuerno surge precisamente para eliminar los inconvenientes de la monogamia y es entonces cuando se convierte en el mayor de ellos, como esos fármacos que, al eliminar las bacterias malas, eliminan también las buenas. Mientras haya monogamia y fidelidad, habrá cuernos, igual que habrá robos mientras haya propiedad privada. Pero igual que el culpable del robo es el ladrón y no la propiedad privada, el culpable del cuerno es el infiel, no la monogamia y, por tanto, sería absurdo renunciar a la ventaja de la monogamia por el inconveniente del posible cuerno, igual que nadie renuncia a tener coche y casa propia aunque con ello se arriesgue a que le roben.

Sería magnífico gozar de la seguridad del matrimonio sin renunciar a la despreocupada libertad de la soltería y, de hecho, el *homo*, desde que es *sapiens*, ha aspirado a conjugar esos polos opuestos de seguridad y libertad con todo tipo de alternativas: comunas, poligamias, poliandrias, concubinato, promiscuidad, prostitución, amantes, cuartos oscuros, parejas liberales, amores internáuticos... Con cada una de esas alternativas, habremos superado los problemas de la monogamia, pero nos habremos metido de lleno en otros problemas quizá mayores. Los problemas no se solucionan, tan sólo se transforman, porque lo que es realmente imposible es conciliar esos dos contrarios en permanente lucha y es precisamente esa lucha lo que nos mantiene vivos y nos hace humanos.

## **Una pregunta tonta: ¿monógamos o promiscuos por naturaleza?**

Si fuésemos promiscuos por naturaleza como los monos bonobos, la monogamia sería antinatural; y si fuésemos monógamos como la golondrina, que se casa con su golondrino hasta que la muerte los separa, lo antinatural sería la promiscuidad. Por eso, los defensores de una y otra intentan avalarse con ejemplos del mundo animal. Pero los animales son un mal ejemplo para nosotros, pues ellos son lo que su naturaleza quiere, y nosotros, que somos más listos, lo que nosotros queremos. La naturaleza, pues, nos explica, pero no nos guía ni nos justifica: explica nuestra agresividad, pero no disculpa los puñetazos y los misiles. También somos por naturaleza comilones y dormilones y, sin embargo, nos hemos inventado las dietas y los despertadores. Y aun cuando fuésemos monógamos por naturaleza, podríamos ser voluntariamente promiscuos, y vicever-

sa. Así que ni monógamos ni promiscuos, sino muy sexuales, igual que nuestro estómago no está obligado a comer a horas fijas ni a picotear entre horas: sencillamente es comilón.

Tan cultural es el sexo monógamo y fiel como el supuestamente natural amor libre que predicaban los jipis. Si nuestra sexualidad fuese realmente natural, sería aburrida, peligrosa y menos erótica que lo que hacen el sapo y la sapa. Y entonces este libro trataría de biología, no de filosofía.

## **La lucha de contrarios o Betsabé y las otras**

A diferencia de los demás bichos, que casi nacen sabiendo, el hombre nace con poca información instintiva, porque los instintos fueron cediendo sus archivos a la inteligencia, que resolvía muchísimo mejor los problemas. Si los perros nacen sabiendo el mecanismo de la cópula, a nosotros, si no lo hemos visto antes, nos lo tienen que explicar. Eso sí, nuestros instintos perdieron información, pero no fuerza. Es más, ejercen sobre nosotros más poder que las ideas de la inteligencia, ya que esta sin los instintos, al saberse abocada al dolor y a la muerte, se habría quedado sin razones para vivir y luchar.

Nuestros instintos son, pues, tan poderosos como ciegos y la razón se queda perpleja cuando los ve tirar para un lado y para el contrario a la vez. El suicida comparte desesperación con quien lucha por su vida y cuando alguien se aísla como la araña busca la misma paz que cuando, como la abeja, se identifica con la colmena; la compasión por la víctima nace del mismo corazón que la crueldad hacia el verdugo y tanto quien se refocila con el ciento y la madre en orgías como el que se encierra en una suite nupcial con una persona que le fascina obedecen al mismo instinto. El apetito venéreo también es contradictorio y doble en nosotros y puede llevarnos tanto a la promiscuidad como a la monogamia, porque ambas están respaldadas por dos extremos de nuestra psicología: la fascinación por lo nuevo y variado y la inclinación hacia lo uno y conocido. Gracias a la primera nos excitan las lejanas estrellas, los cuerpos lozanos y bellos en la playa, las últimas modas, las nuevas experiencias; y gracias a la segunda conservamos lo que ya poseemos, anhelamos el regreso a la patria, nos enternecemos por la persona que más amamos y estamos deseando llegar a casa para sentarnos en nuestro sofá. La primera nos da libertad; la segunda seguridad. La promiscuidad es la sexualidad fascinada ante lo vario. La monogamia y el enamoramiento son la sexualidad abrazándose a lo uno. Penélope y las sirenas, y en medio Ulises sin saber a dónde tirar.

El rey David disfrutaba de un gran harén, porque a todos nos gusta variar, pero sólo Betsabé era su favorita. Con sólo dos ojos que tenía, David no podía mirar con el mismo amor y deseo a todas sus mujeres. Igual de conflictiva que la

relación dentro de un harén entre Betsabé y las otras, es conflictiva dentro de nosotros la relación entre nuestra devoción por una persona y nuestra fascinación por las otras.

Todos, si la ocasión es óptima, podemos ser infieles, y no porque nazcamos con el gen del cuerno, sino porque nacemos con una psicología dividida entre dos estrellas muy atractivas: la seguridad de un amor fiel y estable y la libertad de un mariposeo despreocupado. Seguridad y libertad. Deber y placer. Compromiso e independencia. Ni promiscuidad ni monogamia colman esas dos aspiraciones humanas y, por tanto, estamos abocados a estar insatisfechos. La fidelidad siempre será una necesidad. La infidelidad siempre será una tentación. La vida es ese conflicto. Si no, no sería vida, sino otra cosa más inmóvil, más inerte y mucho más fea.

Entre monogamia y promiscuidad hay muchos términos intermedios en todas las culturas, pero una y otra atienden a esas dos facetas incompatibles y necesarias de la psicología humana. Si nos educasen en la promiscuidad total de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, surgirían inevitablemente parejas fijas; y si nos educasen en una monogamia sin fisuras, surgirían cuernos a troche y moche, como de hecho ocurre. Como seres desvalidos e incompletos que somos, anhelamos un afecto seguro y estable; como seres libres y competitivos que también somos, nos gusta variar, cambiar y experimentar. Y ese conflicto es bueno y deseable: es la salud y la vida misma.

Estamos abocados a esa contradicción interna. No es una solución negar una de esas dos necesidades: una fidelidad total y con burka de pensamiento, palabra, vista y oído está negando nuestras ansias de variedad y libertad; y el amor libre y sin compromiso está negando nuestra aspiración a ser inmensamente queridos por una persona que no nos va a abandonar al tercer polvo. Igual que aprendemos a conciliar nuestro amor a la paz con nuestra agresividad innata, hemos de conciliar nuestro afán de estabilidad y amor con nuestras ansias de aventura y variedad. Y la ética, por ser hija de la inteligencia y de la libertad, es la más legitimada para declarar guerras o treguas en este batiburrillo de instintos, sentimientos y polos contrarios que somos por dentro y sin querer.

Espero ayudarte a encontrar el camino más lógico, más ético y más sano de sacarle partido a esa lucha de contrarios sin dejarte anular por ella.

## **El síndrome de Ginebra**

A veces, entre el trabajo, la intendencia doméstica, y los problemas cotidianos, se nos quitan las fuerzas y el entusiasmo que dedicaríamos con gusto a cosas más agradables. Y, al cabo del día, puede que ya sólo nos apetezca vegetar ante la caja boba o navegar sin rumbo por la red. A la persona que amamos le ocurre lo

mismo: de hecho ahí está, roncando en el sofá o contaminándose con un programa insufrible de la tele, y ahora nos parece menos amable. Encima, hemos reñido hace cinco minutos por una tontería. Sin embargo, esa compañera de trabajo que nos ha alabado las canas que nuestra mujer se empeña en teñir o ese vecino alto y moreno que en el ascensor nos ha espiado con una centellita en los ojos ese escote que a nuestro marido no le levanta el ánimo, esos, en fin, nos suben la moral, nos inyectan juventud o autoestima, nos halagan con sus miraditas y sus tejos y de buena gana haríamos con ellos una escapadita para volver a sentir la plenitud vital que nos llevó a unir nuestra vida con la persona que ronca en el sofá. Tenemos el amor a mano, ahí roncando, pero ahora nos parece un plato insulso que conocemos de sobra y que no nos va a deparar ninguna sorpresa y la cabeza se nos llena de lindos pajaritos piando por la libertad perdida.

Se trata del *síndrome de Ginebra*, en una interpretación un poco libre del mito. Mientras Arturo masticaba a dos carrillos un venado o andaba ocupado con su Tabla Redonda, en los ojos de Ginebra fulguraba Lanzarote con su armadura de plata, rendido a sus pies, y ella tenía unas ganas locas de quitársela y yacer con él entre las flores. Este síndrome se caracteriza por el siguiente cuarteto de sentimientos dobles y contradictorios:

a) Ginebra sigue amando a Arturo, pero eso no le quita belleza y atractivo a Lanzarote, que además es un nombre con premio.

b) El fin de Ginebra no es abandonar a Arturo, sino darse un lote con Lanzarote. Por desgracia, ese fin sólo se consigue con la infidelidad: esta es, pues, un medio no deseado de un fin muy deseado.

c) Ginebra siente por Lanzarote el mismo entusiasmo vital y la misma atracción íntima e irracional que en su tiempo sintiera por Arturo. Pero como a Arturo lo tiene ya muy visto, ese sentimiento le parece nuevo, fascinante e irresistible.

d) Ella quiere gozar de Lanzarote, pero no que Arturo haga lo mismo con otra. Quiere estar en misa y repicando y si alguna vez llega a desear que él haga lo mismo, es sólo para sentirse menos culpable y no porque realmente lo desee.

Ginebra y Lanzarote yacieron, pues, entre las flores, protegidos por la fronda del bosque. Y cuando despertaron, encontraron la espada de Arturo clavada entre los dos.

Esa espada simboliza no sólo el honor herido del rey o una amenaza para los amantes o las desgracias que les acaecieron a todos después. Esa espada le echaba en cara a Ginebra su olvido de la llama prístina y recíproca: «Soy yo quien debiera haber yacido aquí contigo entre estas flores, porque yo soy a quien tú buscas en Lanzarote. ¿No habrías clavado tú misma esta espada entre todas las mujeres del mundo y yo?».

Esa espada íntima y contraria de doble filo la llevamos todos dentro y es el íntimo, humano, inevitable y doble deseo de recibir la fidelidad del amado, pero

de no guardar la nuestra para él: la seguridad de ser amados incondicionalmente, hagamos lo que hagamos, y la libertad de poder hacer lo que nos dé la gana. En definitiva, tener a Arturo seguro y darnos un lote con Lanzarote. La imposible armonía entre golondrinismo y bonobismo. Esa espada nos desgarrar a veces con su doble filo: un filo feroz contra el cuerno que nos ponen y un filo sutil y cortante para ponerlo nosotros. ¿Qué debe uno hacer y pensar ante ese doble e íntimo y contrario deseo que a veces nos acucia?

Si el cuerno lo satisface, el cuerno es la solución. Pero si no, no es solución ninguna. Esa cuestión fundamental es el primer toro que agarraremos por los cuernos.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**